

COMENTARIO

De aquí se dijo: ¿También Saúl entre los profetas?

LIBRO I DE SAMUEL, CAP. XIX, V. 24

Leemos en la Prensa que hace pocos días los representantes de la Prensa que hacen información en Palacio tuvieron el honor de ser recibidos por S. M. el Rey—sin que sepamos si antes los había o no invitado a que le vieran y si fué después de haber sido así invitados cuando se dignó recibirlos—y que les acogió «con bondad infinita, sencillez y afecto que fueron muy agradecidos».

«En la conversación, familiar y expansiva—dice el diario con cuyas noticias nos desayunamos cotidianamente—, dió Su Majestad su encomio a la Prensa de Madrid que sabe responder al ideal de patria, y exclamó ante los periodistas:

—Soy optimista, y mientras yo viva, optimistas deben ser ustedes.»

Con este «mientras yo viva» suponemos que S. M. quiso decir «mientras yo reine». Porque, en rigor, en su propósito y su creencia ambas expresiones deben ser perfectamente sinónimas. Ni es caso de sutilizar aquí cuando un rey reina real y verdaderamente y no en apariencia y ficción tan sólo, y cuando un hombre, sea o no rey, vive de verdad. Y para nosotros vivir de verdad es vivir la historia.

«¡Optimistas deben ser ustedes!»
 ¡Hay que ser optimistas! He aquí que se nos recomienda el optimismo por real consejo. Sólo falta ahora que nos lo impongan de real orden, como credo nacional.

Pero lo malo es que muchos españoles que aunque vivimos no reinamos, ni creemos reinar, no sabemos a punto cierto qué quiere decir eso del optimismo. Creíamos saberlo hace algún tiempo; mas desde que se ha empezado a cimbelear y asenderrear la tal palabreja, sin haberla antes definido, hemos concluido por no entenderla. Nuestro amigo D. Fulgencio—de quien en mi novela «Amor y Pedagogía» di amplia noticia—, gran malabarista de vocablos categóricos, había comenzado un ensayo sobre el bonismo (de bueno), el mejorismo (de mejor) y el optimismo (de óptimo, lo mejor de todo), por una parte, y el malismo, el peorismo y el pesimismo, por otra parte. Y como la primera formación mental de nuestro D. Fulgencio fué hegeliana, y cree en la síntesis de los opuestos, y hasta en la coincidencia de los contradictorios, tenía hecho su discurso dialéctico para demostrar que si el bonismo y el malismo se excluyen, el optimismo y el pesimismo son la mis-

ma cosa, pues lo mismo da decir de algo que es lo mejor o lo peor posible, sobre todo si, como suele acontecer, es lo único posible en su clase.

Otro amigo nuestro opina que el optimismo deriva de la flaqueza imaginativa de no poder figurarse algo mejor, mucho mejor, que lo que se tiene. Pero estas son metafísicas, y nuestros actuales optimistas pragmáticos son fundamentalmente metafísicos.

Otro soberano representante, que se nos viene predicando igual símbolo de fe—fe de carbonero—, es el coronel D. Benito Márquez, quien, en carta al catedrático D. Joaquín Dualde, nos hace saber, «curbi et orbe», que lo que le impulsa a laborar por su patria es el firmísimo convencimiento de que su patria—que es la nuestra—es grande, es rica, es fuerte, es poderosa, «a pesar de que este poder y esta riqueza han estado entregados mucho tiempo a manos inexpertas, a cerebros mezquinos y a corrompidos corazones que con su obra destructora han hecho que nuestra querida nación reduzca su prepotente vitalidad a la letargia actual».

Ya lo sabemos, pues; España es grande, es rica, es fuerte, es poderosa, y el que así no lo reconozca es un mal hijo de ella. Y podemos decir, como el padre del muchacho endemoniado y mudo de que el Evangelio nos habla (Marc. IX, 24): «Creo; ayuda a mi incredulidad.» Porque si no creyésemos, estos profetas soberanos no podrán hacer milagros. ¿No nos dice el Evangelio también (Marc. VI, 5) que Jesús no pudo hacer maravilla alguna, sino solamente sanó unos pocos enfermos poniendo sobre ellos las manos en su propia tierra? ¿No nos dice que no hay profeta deshonrado sino en su tierra, y entre sus parientes y en su casa (v. 4)?

El profeta Márquez escribe al doctor Dualde una epístola evangélica de buena nueva optimista, pero tan deplorable literariamente como los documentos públicos de la Junta que preside. Porque hoy que decir, en honor de la verdad, que éstos documentos, en cuanto a su redacción, dejan bastante que desear. Pretendiendo ser renovadores, no han renovado nuestra decrepita retórica, hojarascosa y barroca y hueca. Descubriese en el fondo de ellos una angustiosa vacuidad de pensamiento defi-

nido y concreto. Y como retórica—¡bendita sea cuando es viva y plena y caliente y preñada de sentido!—, es una retórica deplorable. Casi tan mala como la de las Ordenanzas.

El profeta Márquez entrega la expansión de su carta al doctor Dualde «pensando que por su condición de catedrático difundirá estos juicios entre las personas doctas, cuya opinión es la que principalmente me interesa», dice: ¿El profeta armado acude al catedrático? ¡Aviado está! ¡Sólo les faltaba eso a los legionarios de la renovación del 1.º de junio: fiar en los doctores de la ley para que se difundan sus juicios!

El profeta, a quien la opinión de las personas doctas es la que principalmente le interesa, dice que quiere que se termine, «de un modo radical, con el favoritismo existente en todos los organismos e instituciones». Que visita al otro profeta, al que nos prescribe el optimismo, y que se ponga con él de perfecto acuerdo. Suponemos que será recibido con bondad infinita, con sencillez y afecto, sobre todo si antes fué invitado a la recepción. Porque no debemos creer que se le invite a uno a visita o entrevista y no se le quiera recibir luego de haberle invitado. ¡Aunque hay maldicientes!...

Hay que ser, pues, optimista, y pase lo que pasare.

Nosotros creemos que por bien que nos vengan los días podrían y deberían venirnos mejor, mucho mejor; somos, pues, optimistas. Nosotros creemos que por muy radicalmente que se acabe con el favoritismo falta condenar y proscribir el principio del secreto de la arbitrariedad, como resorte de gobierno; somos, pues, optimistas.

Y otro día concretaremos la historia de Saúl, hijo de Cis, el que fué a buscar unas boriccas y se encontró ungido rey; aquel que desde el hombro arriba era más alto que todo el pueblo; a quien le dominaba un demonio, y entonces David le aplacaba tocando el arpa, y persiguió a David, que por su parte le perdonó la vida, y acabó atravesándose el pecho con su propia espada. «¡Viva el rey!», clamaba el pueblo con alegría (I Samuel X, 24); mas se decía: «¿También Saúl entre los profetas?»

Y después reinó David, el salmista.

Miguel de Unamuno.

